

Gregorio Pérez Palacios: colega y amigo

Carlos Beyer-Flores

Investigador del CINVESTAV y Coordinador del Centro de Investigación en Reproducción Animal, proyecto conjunto de la Universidad Autónoma de Tlaxcala y del CINVESTAV. Es investigador emérito y de excelencia del Sistema Nacional de Investigadores y Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Ha recibido varias distinciones académicas: Premio de la Academia de la Investigación Científica, Premio Dr. Salvador Zubirán de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, Premio a la Descentralización de la Ciencia (SOMPROCYT), Medalla Ciudad de México y el Premio Nacional de Ciencias Naturales

Escribir sobre Goyo me ha sido mucho más difícil de lo que había pensado, sobre todo considerando la riqueza y variedad de nuestras interacciones a lo largo de la estrecha amistad que tuve y que tengo con su familia. Hace algún tiempo, clasificando mis películas de 8 mm y Super 8 para pasarlas a un formato más moderno mi esposa me señaló, que fuera del círculo familiar, Goyo era el protagonista principal de mis películas, apareciendo lo mismo en una barbacoa en Xochitlán, Hidalgo, en las ruinas coloniales de Antigua, Guatemala o en Mendoza, Argentina al pie de la cordillera de Los Andes. Sorprendentemente, no recuerdo con precisión cuándo conocí a Gregorio. Tomás Morato, un gran amigo común, me decía que pudo ser en el segundo Congreso de Ciencias Fisiológicas realizado en Monterrey en 1959 en el que Goyo, siendo todavía estudiante aparece en la fotografía de los asistentes a dicho evento. Por otra parte, recuerdo muy bien mis primeras interacciones con Goyo en el laboratorio de Carlos Gual en el entonces Hospital de la Nutrición en el que descubrimos intereses comunes no sólo dentro del campo de la investigación, sino en aficiones culturales y recreativas. Mi relación con Nutrición era estrecha gracias a que mi tocayo Carlos Gual, que me había “descubierto” como potencial colaborador, me invitó a participar como maestro de Neuroendocrinología en el curso en Biología de la Reproducción, que entonces se iniciaba. Por aquel tiempo yo trabajaba en la regulación cerebral de las hormonas hipofisarias que participan en la lactancia y ya había iniciado algunos estudios sobre la regulación neuroendócrina del comportamiento sexual en los mamíferos, conducta que como sabemos depende de los esteroides sexuales. El laboratorio de Endocrinología que dirigía Gual, era probablemente el mejor sitio en el mundo para profundizar en el estudio de los mecanismos hormonales que regulan el comportamiento sexual. Carlos Gual y Tomás Morato habían realizado estudios pioneros sobre el metabolismo de los andrógenos, particularmente en su aromatización; Goyo y Ana Elena eran grandes expertos en la diferenciación sexual y en la bioquímica de esteroides. En aquel tiempo las hormonas involucradas en la estimulación de la conducta sexual parecían bien establecidas: testosterona para los machos y estradiol para las hembras. Sin embargo, Jean Wilson un bioquímico, amigo de Goyo, había descubierto que las acciones que se suponía eran producidas por la testosterona eran realmente debidas a uno de sus metabolitos: la 5 α -dihidrotestosterona,

lo cual sugería que la testosterona era sólo una pre-hormona de la hormona activa. Los trabajos de Wilson habían sido realizados en tejidos periféricos como la próstata y las vesículas seminales y con Goyo nos preguntamos si estos procesos metabólicos también ocurrían en el cerebro, órgano en el que la testosterona modula varias funciones: la conducta sexual masculina y femenina, la agresividad y la secreción de gonadotropinas hipofisarias. La idea de estudiar la posible importancia funcional del metabolismo cerebral de los esteroides fue la base para una larga e intensa colaboración con Goyo y Ana Elena que resultó en un buen número de trabajos, que contribuyeron a dilucidar algunos de los procesos involucrados en la facilitación de la conducta sexual y la regulación de las gonadotropinas hipofisarias en los mamíferos. El entusiasmo y la estimulación intelectual con los que Goyo contribuyó al trabajo conjunto hacen que recuerde este periodo como uno de los más agradables y productivos en mi ya larga carrera en la investigación. La investigación, aún en sus mejores momentos, suele requerir un esfuerzo de voluntad para superar el desánimo inherente al trabajo experimental rutinario y al hecho evidente de la frecuente muerte de nuestras ideas a manos de los hechos. Este lado gris de la investigación nunca prevaleció en nuestro grupo que, inclusive veía en las hipótesis fallidas o en las complicaciones técnicas retos a atacar con renovado entusiasmo.

A riesgo de ser reiterativo, quiero señalar que Goyo poseía una de las inteligencias analíticas más notables que he conocido en investigador alguno, y además poseía una gran capacidad para plantear y explicar problemas complejos, lo que lo hacía un excelente expositor y maestro. En esta última competencia, la de maestro, también tuve la suerte de colaborar con Gregorio. Carlos Gual había iniciado un curso de especialización en Biología de la Reproducción en el Instituto Nacional de la Nutrición (INN) fundamentalmente dirigido a médicos, pero existía un grupo numeroso de biólogos, químicos, psicólogos e inclusive médicos interesados en aspectos más amplios de la Biología de la Reproducción, para los que en colaboración con Goyo y Ana Elena diseñamos una Maestría en Biología de la Reproducción Animal en la División de Ciencias Biológicas y de la Salud en la UAM-Iztapalapa., Goyo fue el primer Coordinador de dicha Maestría que tuvo características interinstitucionales al apoyarse en un Convenio entre la UAM y el INN suscrito por el Arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y el

Dr. Salvador Zubirán, que en aquel tiempo encabezaban estas instituciones. Esta acción estimuló importantemente la creación de laboratorios de reproducción que empezaron a atacar problemas básicos, no clínicos y que constituyeron la base para el desarrollo de muchos de los grupos que actualmente en México se dedican a esta área.

Seguramente otros participantes en esta publicación trataron la acción que tuvieron el Dr Gual y Goyo en crear Centros y Laboratorios en Biología de la Reproducción en varios Estados de la República. Esta acción promotora no sólo se limitó a nuestro país sino trascendió sus fronteras. Durante varios años Goyo y yo participamos en cursos probablemente organizados por Carlos Gual y Jorge Martínez Manautou sobre diversos temas en la Biología de la Reproducción, cursos que se dieron en muchos países latinoamericanos. Esto no sólo nos permitió apreciar a estos países a través del contacto con sus científicos y profesionales, sino gozar de la prodigiosa riqueza cultural de nuestra Iberoamérica a la que Goyo amaba profundamente. Recuerdo como Egon Dicsfaluzi, un gran científico, apreciaba en Goyo no sólo al experto en salud reproductiva, sino a un conocedor profundo y sensible de la cultura latinoamericana. Goyo fue un importante gestor de la Biología de la Reproducción y la Salud Reproductora en Latinoamérica, a través de su participación como Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Reproducción Humana (ALIRH), y como miembro del Consejo Ejecutivo del Programa Latinoamericano de Capacitación e Investigación en Reproducción Humana (PLACIRH), pero sobre todo por su capacidad para establecer lazos amistosos con los investigadores latinoamericanos que trabajaban en problemas de reproducción.

Me temo que la imagen de Goyo al concentrarnos en sus logros como investigador, maestro, promotor y funcionario público no sólo es incompleta sino que no le hace justicia a Goyo el hombre y el amigo. Goyo amaba profundamente la vida y por consiguiente tenía un gran número de intereses y aficiones, muchas de las cuales tuve la suerte de compartir. Su gran vitalidad le permitía hacer un hueco en su intensa actividad académica para compartir con sus amigos actividades aparentemente banales como partidos de dominó o de carambola en las que sin embargo se platicaba no sólo de temas de trabajo sino de política, arte, cine, literatura o toros. Goyo era un gran conversador con un fino sentido del humor, crítico pero generoso en sus comentarios acerca de los demás. Por su actividad como promotor de la Biología de la Reproducción y después como funcionario viajaba mucho tanto en el país como en el extranjero y siempre era agradable oír sus comentarios acerca de sus experiencias durante estos viajes. Goyo era un gran lector y recuerdo sus intercambios literarios con un amigo común, Evodio Escalante, excelente crítico literario; también le gustaba mucho la música tanto la popular mexicana como la música clásica y la ópera. En las muchas comidas que compartimos no recuerdo una sola vez en que un trío que se nos acercara fuera rechazado sí sabía cantar "ojos cafés" una de sus canciones favoritas.

En el curso de los años, creamos o quizás se nos crea, un mundo paralelo en el que cohabitan, ya libres del tiempo hechos y personas que fueron significativos en nuestra vida. Este mundo, no es estático, sino que se enriquece continuamente con la interacción de las personas que enriquecieron nuestra vida. En este mi mundo particular persiste y actúa Goyo aligerando en cierto modo la pena de su ausencia física.